

CANCIONES DE CUNA

**Mari Carmen
Quiñones Borrás**

CANCIONES DE CUNA

**ESDR JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **METEÓRICA**}

Primera edición, noviembre 2019

© Mari Carmen Quiñones Borrás, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Beatriz del Álamo

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1483-2019

ISBN : 978-84-17680-30-5

Impreso en España · Printed in Spain

La isla

Ven, siéntate. Voy a contarte una historia que pasó hace mucho tiempo. Te sonará extraña, puede que no me creas, pero te aseguro que es cierta. Tan real como tú y yo.

Tienes que estar atento. Es importante que lo estés, porque nada es lo que parece; porque las apariencias, al igual que ciertas situaciones, pueden engañarnos. Prometo que yo no intentaré engañarte. ¡Acércate, vamos! Tienes que escuchar bien lo que voy a decirte, te va a interesar más que a mí.

Tranquilo, no trata sobre mí; aún no. Pero un día será así. Un día yo también estaré en ella, al igual que todas las demás, que todas antes que yo. ¡Es inevitable!, así está escrito. El destino es mucho más fuerte que todos nosotros. Y tú no podrás hacer nada para evitarlo, así que cuando llegue el momento serás tú quien deba seguir contando esta historia, y espero que un día puedas transmitir este legado.

¿Qué tal te sientes? ¿Te has puesto cómodo? Seguro que te encuentras algo ansioso por averiguar a qué me refiero. Sé que debería ir al grano, pero entonces, ¿dónde estaría la gracia? Sin embargo no estamos aquí para perder el tiempo, en eso tienes toda la razón. Al menos uno de nosotros está aquí

porque quiere escuchar una historia. Y es por eso que comenzaré enseguida, pero antes debo pedirte una cosa.

No me preguntes cómo la conocí.

Bueno, ¿estás preparado? Deberías estarlo. Puede que ciertas cosas te parezcan inverosímiles, pero si tienes paciencia acabarás averiguando lo que necesites saber.

Comencemos por el principio.

Más allá de donde termina la tierra, de donde termina el mar, únicamente en los días en los que la bruma es espesa, solo entonces, emerge de las profundidades una isla. A la que más de un hombre estúpido ha intentado llegar. A este lugar jamás ha conseguido llegar ningún ser con vida. O al menos eso dicen. Aunque he escuchado que hubo un hombre que lo consiguió, una vez. Dijo que lo que había encontrado allí era el paraíso, el Edén perdido del Génesis, custodiado por ángeles al igual que lo describía la Biblia. Pero qué equivocado estaba. Pronto se supo que no eran ángeles los que vigilaban la isla, sino monstruos.

Temibles y horrorosos que acechaban bajo la niebla que traía consigo la isla.

Siempre recordaré las palabras de mi abuelo: «Solo cuando te asomes al fin del mundo, en un día de niebla, se dejará ver una sombra en el agua; pero no intentes alcanzarla, podrías caer al vacío. Recuerda: es una sombra; no dejes que te engañe, solo es una ilusión».

Las únicas pruebas de su existencia eran los barcos de piedra naufragados que llegaban a las costas del norte de Galicia. Unos eran más grandes, otros, más pequeños, pero todos ellos de pura piedra pulida. Era evidente de donde procedían, aunque lo mismo pensaban de ella; quién sabe si estaban en lo cierto.

No tardó en hacerse evidente la desaparición de jóvenes aventureros, y las historias. Las historias corrieron como la pólvora. Ni el más escéptico podía evitar compartir las espe-luznantes anécdotas de aquellos que decían que habían tenido encuentros con las criaturas de la isla.

Historias como la de un joven que volvía a su choza de pescador después de haber estado bebiendo en el bar un par de horas. Apenas pudo distinguir entre el camino a casa y el camino hacia los acantilados, y por culpa de su embriaguez no le importaba perderse en medio de la oscuridad. ¿Por qué tenerle miedo a la noche en una tierra plagada de brujas y duendes? Siguió su paseo buscando retomar el camino correcto antes de que el sopor del alcohol lo obligase a parar en medio de unos arbustos a echarse un momento a esperar que su visión se aclarase algo más.

Pero en vez de eso, paró en seco ante un pozo de piedra medio derruido; era la primera vez que se topaba con él, y eso que se había criado toda su vida en aquellas tierras, entre esos mismos árboles y hojas secas. Sentadas junto al pozo, tres hermosas mujeres, igual de bellas que todas las princesas de los cuentos. Las tres lavaban finas prendas; podrían ser seda, pero desde la lejanía poco podía decirlo con seguridad. Enseguida se quedó prendado de una de las muchachas, una que destacaba entre las otras y entre aquella oscuridad.

«No, da media vuelta —pensaba el joven—, no te acerques a las meigas».

Y aunque eso era lo que tenía intención de hacer, su deseo pudo más que su sentido común. No sé si lo sabrás, pero hay que tener mucho cuidado con las brujas, y más aún si no están solas.

El joven se encontró con la mirada de la muchacha, que lo encandiló nada más que con sus ojos. Y él sin apenas darse cuenta había redirigido sus pies hacia ellas. Se acercó lentamente, enfocándola solo a ella. Llegado un momento se olvidó por completo de que tenían más compañía. La meiga se puso en pie y dejó caer sus manos mojadas sobre él. ¿Cómo podía resistirse a su embrujo? Apenas sus manos lo tocaron, todo un torbellino de emociones comenzó a darle vueltas en cabeza; la embriaguez dio paso a una ligera confusión que iba aumentando con cada caricia, hasta que perdió la conciencia rodeado de una kilométrica melena de pelo dorado.

«¿Por qué te has acercado a las meigas, idiota?», pensaba arrepentido el joven, viendo su final cerca.

Despertó en el momento oportuno, eso fue lo que le salvó la vida. Las brujas le arrastraron hasta las piedras de los acantilados; le arrastraban de los brazos y las piernas y habían dejado atrás su rostro hermoso dando paso al real que se escondía bajo una falsa piel de porcelana. Una cara fea, endemoniada, con una gran boca de la que sobresalían dientes finos como agujas. Sus manos, que antes terminaban en dedos suaves capaces de dulces caricias, se habían transformado en largas dagas afiladas que con cada roce le arañaban la piel.

El viento helado, junto con su desnudez, lo fue espabilando del letargo en el que le había sumido el hechizo. Como no quería que las brujas se dieran cuenta, aguardó hasta que le dejaron sobre las rocas mojadas esperando poder llevarlo a su guarida. No fue hasta que vio su verdadera imagen que se dio cuenta de que aquellas brujas no procedían de la tierra que él conocía; venían de más lejos. Las tres esperaron escondidas a los pies del acantilado. El amanecer se acercaba y los

pescadores estaban a punto de salir al mar. El joven esperaba también el momento oportuno, cuando un grupo de hombres se acercaran a la playa, para pedir ayuda. Apenas empezó a clarear la mañana apareció la niebla y las brujas se levantaron. Y el joven, al no ver más opciones, saltó al mar pese a conocer todos los peligros que podría encontrarse tras la niebla.

Pero las brujas no estaban dispuestas a dejarlo marchar; en su entorno natural, y mucho más fuertes gracias a la niebla, pronto lo alcanzaron. Sintió como si le arrancasen una pierna al agarrarlo una de ellas con esas largas uñas. Y así se sintió en cada parte de su cuerpo hasta que lo dieron por muerto, olvidado en la orilla de la playa, completamente desnudo y lleno de heridas y desgarros.

Primer encuentro

Una tarde en la que unos marineros volvían a casa después de faenar desde bien temprano, los sorprendió una espesa niebla que los obligó a darse prisa a volver a sus hogares. Los pescadores, como todos en aquel pueblo, conocían las historias que habían ido transmitiéndose entre unos y otros durante años sobre la desconocida Isla del Más Allá; remaron con todas sus fuerzas, girando los remos de madera de la pequeña embarcación como si su vida dependiera del tiempo que tardasen en llegar a la playa.

Lo único que podían oír eran sus respiraciones ahogadas por el esfuerzo y el chapoteo acompasado de las paletas contra el agua en calma.

Tenían que darse prisa antes de que la niebla los atrapase bien entre sus fauces; tenían una oportunidad mientras aún lograban distinguir las rocas de la península. Si no llegaban a tierra corrían el riesgo de convertirse en una presa más que apetecible para los monstruos que salían a cazar aprovechando el camuflaje que les ofrecía la neblina. Hacía un frío que helaba y calaba en los huesos, pero al menos el trabajo de mover los remos los hacía entrar en calor. Los acompañaba el

hijo de uno de ellos, que comenzaba en el negocio familiar tal como empezó su padre con su abuelo antes que él.

El niño, asustado, envuelto en penumbra pese a ser aún de día tras aquella cortina de humo, trató de concentrarse en el vaho que salía de su boca para despistar al miedo, pero lo único que consiguió calmarlo fue tararear una canción que había aprendido de su abuelo:

Al pasar por el camino,
junto al pozo y descalza la vi.
Hermosa muchacha y vendiendo rosas,
una me regaló a mí.

El niño, que tenía apenas doce años, no pudo evitar mirar hacia todas partes. Procuró no perder nunca de vista la península, pero apenas distinguía nada más que las palas que se movían junto a él. Al fijarse en las ondas que formaban los remos en el agua se dio cuenta de que se estaban acercando a algo; apenas podía saber qué era, necesitaba acercarse más. Entonces, un trozo de tela se enganchó en la madera de la barca y les trazó el camino por el que debían continuar.

—¿Qué es eso? —le preguntó el niño a su padre.

El hombre, al darse cuenta de la tela que arrastraban, agarró a su hijo de la cintura para alejarlo del agua tanto como el espacio del que disponían se lo permitía. Intercambió un par de miradas desconcertadas con su compañero y este se hizo cargo de cuidar del niño mientras su padre alargaba la mano callosa hasta el trozo de tela. Al tocarlo dijo con sorpresa:

—¡Es seda!

Todos se quedaron atónitos, no sabían si eso significaba que ya era demasiado tarde o si tenían un último resquicio de esperanza para seguir remando hacia la orilla. Pero tenían claro que ese material lo arrastraba la propia marea de la Isla del Más Allá. Era el mismo que dejaban los monstruos a su paso. Pese a todo, aquel pescador guardaba la esperanza de que algún barco mercante de aquellos que llegaban al gran puerto de la capital gallega hubiese perdido su mercancía por culpa de la espesa niebla. Una esperanza del todo improbable y estúpida, pero ¿qué otra cosa podía hacer para mantener la calma delante de su hijo? No le quedaba más remedio que imaginar escenarios imposibles.

¿Qué pasaría si seguía tirando?

—Hay más —dijo el niño.

—Déjala donde estaba —le dijo el otro pescador cuando sacó la tela del agua—. Ya sabes de donde viene —añadió como si esas palabras ya fuesen advertencia suficiente.

Pero el trozo era largo y parecía que cuanto más se alejaba más tenso se ponía. La tela, de un color azul muy parecido al agua del mar, llegada a cierta distancia desaparecía, pero mantenía el camino que había trazado para ellos. El pescador no pudo resistir la curiosidad y tiró de la tela hacia ellos, no sin precaución, porque entendía que quizás aquello no era lo más seguro. La tela se fue volviendo cada vez más pesada cuanto más se acercaba a ellos el otro extremo. Fuese lo que fuese, lo estaba arrastrando hacia ellos.

—¡Creo que veo algo! —dijo el hombre. Su hijo y el otro pescador se acercaron para verlo también.

—¡Suéltala! —bramó el otro pescador, empujando al primero para quitarle la tela.

—¡Espera!

Le apretó tan fuerte los brazos que, pese a las capas de gruesa lana y abrigo, le dejaría marcadas las manos. Todos tenían miedo, eso era indudable, pero él además llevaba años sin atreverse a salir al mar; apenas se acercaba a la playa, ni siquiera a lugares donde hubiese agua, aunque fuese poca. Nunca le preguntó, no porque evitase levantar viejas heridas sino porque le aterraba saberlo. Pero no se podía permitir temer a aquellas aguas, pues su trabajo estaba en el mar.

Estuvo a punto de dejar caer la tela cuando su hijo, dudando, dijo:

—Es una niña.

Los pescadores se arrimaron más aún al extremo de la barca intentando verla. Y tal y como había dicho el pequeño, una criatura envuelta en la tela de la que tanto había estado tirando el pescador flotaba hacía ellos sobre un tablón de madera que apenas era lo bastante grande para que cupiera encima. No era más que un infante, pero su mirada y la extraña aura que la acompañaba daban la impresión de que estaban ante una niña con plena capacidad para entender todo lo que la rodeaba. Tras el tablón encontraron los restos de una embarcación que flotaban a la deriva; sin embargo no vieron ni una sola persona más, solo ella.

—Tráela hacia aquí —le dijo el pescador a su hijo mientras recogía lo que faltaba de la tela para que el tablón llegara hasta a la barca.

La niña no lloró, ni en mitad de la penumbra, ni cuando la encontraron, y ni siquiera cuando la cogieron en brazos y la subieron a bordo. Era más una muñeca que una persona. Lo único que hizo desde el primer momento fue abrir sus

grandes ojos y observarlos como quien observa algo nuevo, algo diferente. Había algo en ella... Tenía algo casi hipnótico, algo que hacía que se erizase el vello de la piel pero que al mismo tiempo notaran un sudor frío bajando por la frente, porque, a pesar de ser una niña, una parte de ella parecía querer devorarlos.

No perdieron el tiempo en buscar a ningún superviviente; se esforzaron por llegar a tierra, ya no por ellos sino por la niña, que lo único que llevaba era aquella tela a pesar del frío que hacía en aquellas aguas y además estaba empapada. El pescador no dejaba de tocar las manos del infante y buscar el color de sus labios; no sabía si era una buena señal que la pequeña no tiritase a pesar de tener el cuerpo ardiendo. La taparon con una capa del abrigo de cada uno e incluso se deshicieron de una de sus prendas al notar cómo la temperatura descendía.

La cobija en la que la envolvieron pretendía resguardarla del frío, la humedad y el agua hasta que llegaran sanos y salvos a casa, aunque la niña apenas se inmutara. Lo aceptaba todo con el mismo grado de sorpresa y fascinación que tenían ellos por haberla rescatado de aquellas aguas malditas. Podía ser que unos más que otros, porque mientras padre e hijo se desvivían por mantener segura a la niña, el otro pescador se negaba a mirarla no ya a la cara sino a toda ella, como si allí siguieran estando solo ellos tres.

La barca chocó contra algo lo bastante duro como para hacerla temblar y los tres pescadores, sobresaltados, dirigieron sus miradas hacia la niña, que jugaba con un hilo descosido sin que nada la afectase ni por un instante. Si no hubiese sido porque era imposible, habrían pensado que

aquella criatura no era capaz de sentir emociones. Ya se alcanzaba a ver la orilla, y la niña levantó entonces su cabe-cita en sentido contrario de adonde se dirigían, como si hubiese oído algo. Solo en ese momento su mirada se volvió más inquieta.

Lo más curioso de todo aquello, pensó el hijo del pescador, era el color tan extraño en los ojos de esa niña. Unos ojos grandes y redondos demasiado fríos y alejados de la realidad como para estar en aquel cuerpecito.

La embarcación siguió avanzando casi a tirones; aquello contra lo que se habían golpeado se había enganchado y lo estaban arrastrando, y fuese lo que fuese era casi tan pesado como ellos. Cuando llegaron a tierra, subieron la barca con ellos hasta bien por encima de la orilla para evitar que la marea se la llevara. Cualquier otra zona era mejor que esa para desembarcar, todo lleno de piedras y afilados moluscos, pero tenían prisa.

Ambos pescadores intercambiaban miradas, ambas con significados muy diferentes. Uno tenía clara la idea de que no quería volver a cruzar su camino con aquella niña, y el otro sabía que su conciencia no estaría tranquila abandonándola a su suerte en la puerta de una iglesia, ni devolviéndola al mar como le había sugerido airadamente su compañero varias veces.

Mientras los pescadores discutían, el hijo del mayor volvió a la barca para coger a la niña, que miraba hacia todas partes desesperada y con los ojos temblorosos, a punto de echar a llorar.

—No llores —le dijo el niño—, esta noche vas a venirte a casa con nosotros. Un fuego en el que calentarse, comida caliente, no suena mal, ¿verdad?

El poco consuelo que podía ofrecerle el niño no fue suficiente y no pudo evitar el llanto. Entre tanto, su padre se quedaba hablando solo en medio de la oscura playa, sin poder evitar tampoco que su compañero lo abandonara a él y a su trabajo.

Aquel fue el primer y último día que la niña lloró de manera tan desconsolada. Padre e hijo cubrieron la barca y se marcharon a casa con la pequeña en brazos. Hacía tanto frío que podían sentir cómo la nariz y los dedos se les endurecían; se estaban congelando poco a poco allí fuera. Incluso les costaba pronunciar las palabras, y pese a todo, la niña seguía estando más caliente que ellos dos.

El hijo del pescador no hacía nada más que pensar en lo primero que haría al llegar a casa. Seguro que estaría bien caldeada y la lumbre encendida; nada más entrar por la puerta acercaría las manos y los pies al fuego para calentarlos; necesitaba que sus dedos volvieran a ser ágiles para llenarse el estómago del caldo que habría preparado su madre para cuando llegaran. Sin embargo, su padre no podía dejar de pensar en las palabras de su compañero:

—Esto solo traerá desgracias a tu familia.

La mujer del pescador ya los estaba esperando resguardada tras una pequeña puerta de madera de una casa humilde y muy empedrada, perfecta para soportar las bajas temperaturas de aquella zona. No dejó que la puerta se abriera del todo cuando tiró de ella, para que no se escapara el calor, pero, aunque solo la abrió lo suficiente para dejarles pasar al interior, pudo notar la gélida brisa en las mejillas.

La casa se encontraba en el mismo estado que se había imaginado el niño, con el fuego encendido a un lado de la

habitación y unos buenos platos de cocido caliente para llenar el estómago. Se le hacía la boca agua solo de ver el plato rebosante de jugoso y tierno tocino sobre la capa de garbanzos y patatas.

Podían decir que tenían un hogar humilde; habían sido una familia de pescadores generación tras generación. Casi todo el terreno que tenía la casa lo usaban para cultivar, y si la temporada era buena podían permitirse vender el excedente de verduras en el mercado. Lo cierto era que ya no recordaban cuándo fue la última vez que comieron algo que ellos mismos habían pescado. Quizás fue en Navidad, con unos moluscos que su mujer había cogido en la playa el día anterior. Pero de eso hacía ya unos meses.

La casa consistía en apenas una habitación que se distribuía en cocina, comedor y un pequeño hueco que hacía a la vez de despensa y dormitorio para el hijo de la familia. El piso de arriba era un pajar que habían aprovechado como un dormitorio más para el matrimonio. Casi todas las paredes estaban llenas de cazuelas y ollas de metal desgastadas y de diversos utensilios de la casa. Aquel era su hogar, y lo seguiría siendo, aunque poseyeran mucho menos, porque solo se necesitaban a ellos.

La mujer cogió a la niña en brazos y se sentó con ella en una silla de madera frente a las brasas chispeantes de la lumbre. La acunó para que dejase de llorar, hasta que cayó rendida en un profundo sueño.

—¿La has visto bien? —preguntó su esposa con preocupación.

—Sí.

—¿Por qué la has traído?

—Porque es solo una niña.

—Debiste haberla dejado allí. —La mujer del pescador estaba enfadada—. No eres consciente de lo que vendrá con ella.

—Le daremos un hogar —ordenó el pescador, que nunca antes tuvo que enfrentarse a su mujer.

—¿Quieres que la alimente con nuestra comida? ¿Que la vista con nuestra ropa? Ya tenemos un hijo del que ocuparnos, no podemos permitirnos una boca más que alimentar.

—Será solo hasta que encuentre una familia que pueda cuidarla.

—Nadie de este pueblo la querrá, y lo sabes.

—Encontraremos una solución.

—No es nuestra. No puedes encariñarte de ella, lo sabes. —Su mujer dio así por terminada la conversación.

Su mujer había tenido siempre un carácter fuerte, pero quizás creía mucho más que él en todas esas historias de brujas y duendes. Puede que incluso llegaran a parecerle reales, y en cuanto a cualquier cosa que pudiese hacer daño a su familia era tajante. El pescador se quedó allí sentado frente a las llamas, en la oscuridad, taciturno. Aquella niña no podía ser una criatura de la isla. No, no podía serlo, se repetía una y otra vez, intentando convencerse a sí mismo.

El pescador luchaba por no pensar en las palabras de su esposa; sabía que había obrado bien, pero ¿y si su mujer tenía razón? ¿Y si en su locura aquello era real?

Aunque él ignoraba su presencia, como la de cualquier insecto, en la mesa de madera donde hacía unos instantes había estado cenando con su hijo revoloteaba alrededor de la vela que seguía encendida una polilla negra; danzaba cerca de la llama, acercándose cada vez más, hasta que ella misma,

hipnotizada por la luz, se dirigió hacia su propia muerte y se quemó viva en una muerte agónica.

Mientras, en el mar desaparecía la niebla y un nuevo navío de piedra pulida llegaba a la costa, sin tripulación, sin pasajeros y sin mercancía. De los restos de la armadura del barco ya no quedaba ni rastro, yacían en el fondo del mar. Las olas lo habían devorado y el mar se había convertido en su sepulcro.

Las aguas del mar lo devoran todo; todo queda atrapado en sus profundidades, de donde nunca vuelve a escapar, pues lo que fue arrebatado de él volverá al lugar de donde jamás debió salir. Creer que algo nos pertenece solo por el mero hecho de querer hacerlo nuestro ha sido siempre la gran enfermedad de la humanidad, es la piedra con la que continuamente tropezamos.

¿En qué estás pensando? También te hace dudar, ¿verdad? Es complicado. ¿Qué habrías hecho tú? Probablemente habrías actuado de la misma manera, aunque otros muchos no lo habrían hecho, como el compañero del pescador, por ejemplo, o su esposa. Ellos jamás lo habrían hecho. No los juzgues; no, no lo hagas. Tienen miedo, es normal; si oyese el eco de lo desconocido camuflado en el rugir del mar a tus espaldas, si sintieses que te observan a cada paso y no pudieras ver lo que hay ante ti...

Si cada movimiento que hicieses, lo hicieses con la duda: «¿qué habrá tras esa cortina?». Si conocieses todas las historias de aquellos que se perdieron en esa misma niebla, de los que volvieron, la de aquellos que miraron a los ojos de lo que se esconde tras ella...

Entonces tú también tendrías miedo.

Entonces, probablemente, tú tampoco habrías querido ayudar a la niña. Debes entender que, en un pueblo tan pequeño, lleno de misterio y de leyendas casi tan antiguas y desconcertantes como aquella isla, se tomen los cuentos y las supersticiones tan en serio. Porque, ¿quién ha dicho que esas historias no son reales? Cuando tantas personas las creen ciertas, ¿piensas realmente que son fruto de nuestra imaginación? Yo algunas veces pienso que quizás vivimos en un mundo donde la fantasía se mezcla con la realidad.

¿Crees que no? Lo entiendo. Si fuese así tendrías que aceptar que las pesadillas son reales, que los monstruos existen, que las cosas horribles pasan, que quizás el monstruo de debajo de tu cama siga ahí esperando a que cierres los ojos y caigas dormido. Tendrías que aceptar que los seres fantásticos existen, pero entonces, ¿eso te convertiría en un loco? No, eso no puede ser, porque entonces tendrías que aceptar que los locos no lo están realmente, que quizás el loco seas tú. ¿Cómo vas a creer en algo que no has visto? Bueno, ya lo haces. Continuamente.

¿Qué harás?, ¿irás a ese pequeño pueblo y les dirás que no teman, que no es real? No puedes hacer eso. ¿Sabes por qué?, porque es real. Y hasta que no vayas allí en un día de niebla espesa y veas la isla con tus propios ojos, hasta que no cruces la penumbra sabiendo que tras ella algo está esperando con los dientes y las garras afiladas, hasta que no corras sabiendo que algo que no ves va detrás de ti, hasta que no mires debajo de tu cama y te sonrían con la comisura de los labios de oreja a oreja, no sabrás que es real.

Es por eso por lo que tienes que seguir conmigo, por lo que tienes que confiar en mí y seguir escuchándome. Es por eso que tienes que dejar atrás todo lo que crees conocer, porque

una vez que conoces la Isla del Más Allá, aquel susurro que creíste oír mientras estabas a solas, puede que no fuese culpa del viento o del crujir de las maderas.

Sé que habrías preferido no pensarlo, sé que esto no es lo que creías que iba a contarte y sé que pensarás que estoy loca, pero ya te lo advertí: las cosas no son lo que parecen y ahora que has llegado hasta aquí debes seguir conmigo. Sé que lo harás, porque en el fondo sientes curiosidad; necesitas saber cómo continúa la historia.

Ya, ya lo sé. Quieres saber más, ¿no es cierto? Quieres saber lo que pasará con la niña, quieres saber más sobre ella, porque, aunque lo creas imposible, en tu interior, tú también dudas de su naturaleza. Una parte de ti quiere tener razón, quiere ser fiel a la realidad, pero, por otro lado, una parte de ti desea asombrarse, desea algo diferente, desea asomarse a lo desconocido. No te preocupes, no seguiré molestandote, continuaré con mi historia.

Sí, también es mi historia, ya te lo he dicho. Pero aún no puedo decirte por qué.

Podríamos decir que tuvo suerte. Si pensabas que la mujer del pescador aceptaría la decisión de su marido aun cuando creía que conllevaba poner en peligro a su familia, estabas equivocado. No pienses mal de ella, no es que fuera una mala persona, tan solo amaba a su familia por encima de cualquier cosa y era capaz de hacer por ella lo que hiciera falta.

Aunque ya fuese tarde.

Ya lo había decidido antes de irse a dormir: en cuanto su marido se marchase de casa a la madrugada siguiente, se

llevaría a la niña a un largo viaje que acabaría en la ciudad, en la puerta de un orfanato. «Es lo mejor para todos», pensaba.

Tenía que llevarla todo lo lejos que pudiera permitirse, el destino y el tiempo harían el resto. Al menos eso era lo que ella creía.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño; su marido tampoco. La noche era fría, casi gélida, las ventanas de madera rugían con el fuerte viento, se esperaba tormenta. Probablemente la mañana fuera húmeda. Dormían acurrucados, con las piernas enlazadas sobre el colchón de paja para ayudarse a entrar en calor.

Ella recogía las manos sobre el pecho y quería poder acercarse más a su marido y que la abrazase con fuerza, tanta como para ser capaz de notar cómo el pecho de él se hinchaba y deshinchaba a pesar de las gruesas capas de ropa; pero tenía que conformarse con oírle respirar trabajosamente y que lo único que se tocasen esa noche fuesen los dedos de los pies.

La única que dormía profundamente, ya consolada, era la niña. Además, era a la única a la que no le importaba el frío.

Tal como había planeado, despidió a su marido en la puerta de casa.

—Nos veremos pronto —le dijo, agarrando la cesta de mimbre mientras su hijo lo esperaba al otro lado de la puerta—. Tened cuidado. —Aún no había amanecido y eso le daba tiempo suficiente para que estuvieran lejos cuando tomase la diligencia.

Guardó un par de cosas para el viaje en su alforja, cogió a la niña, a la que envolvió en mantas cómodas, le cubrió la

cabeza y se subió en el primer coche que salió del pueblo. Intentó ocultar el rostro de la niña durante todo el camino.

Seguro que pensarás que la niña debía de ser un monstruo para que hiciese algo así, pero lo cierto es que era todo lo contrario. Era preciosa, tenía unas facciones suaves y delicadas, simétricas y blancas, como las de una muñeca de porcelana. Unas mejillas y unos labios rosados; unos rizos dorados perfectos; unos ojos grandes, llenos de vida y brillantes. Por lo que te preguntarás:

—Entonces, ¿cuál era el problema?

Pues que era demasiado hermosa para ser real; había algo en su belleza que encandilaba y cautivaba al mismo tiempo, que dejaba sin respiración; algo que era capaz de atraer miradas, más de las deseadas para ser apenas una niña. Podía verse que no era normal desde cientos de kilómetros de distancia. Y no solo eso: sus ojos no eran como nada que hubiesen visto antes en ese lugar. El izquierdo era tan verde como una piedra de jade y el derecho era tan azul que casi podían verse reflejados en ellos, como en una fuente de agua.

«No podían ser humanos», pensaba la mujer.

Así la dejó en el orfanato, cubierta de mantas de los pies a la cabeza. La niña no había llorado en todo el viaje. No había mostrado ningún nerviosismo ni inquietud. Solamente la observó marcharse desde las escaleras, como si aun siendo tan pequeña pudiera entender lo que estaba pasando y fuese capaz de guardar aquel recuerdo en su memoria. Al notar su mirada, la mujer se dio la vuelta hacia ella; quería verla por última vez, asegurarse de que permanecería allí. Al chocar

con su mirada, notó que un escalofrío le recorría la piel. «No puede ser, aún no sabe lo que es el rencor», se decía a sí misma. Pero vio cómo la niña fue capaz de llegar hasta lo más profundo de su alma, inquietándola.

Tras ella le pareció ver una sombra que se movía, mucho más grande de lo que podía ser la sombra de un niño. Fue entonces cuando se apresuró a marcharse y se alegró de lo que había hecho.

Pero el destino quiso que años después volvieran a encontrarse.

Como los ríos desbordados, todo vuelve a su cauce.